

Por la integración del Colegio Universitario de Las Palmas en La Laguna

«NOS SENTIMOS TRAICIONADOS»



● **Durísima condena de las APAS, que se reunieron ayer en sesión de urgencia**

● **Por su parte, los partidos de la oposición en el Cabildo solicitan que el CULP se integre en la Universidad Politécnica**

● **En el pleno del próximo martes presentarán una proposición conjunta en este sentido**

(Páginas 7 y última)

Editorial

EL PUNTO MAS OSCURO DE LA INTEGRACION

UN punto no suficientemente aclarado en la cuestión del Colegio Universitario de Las Palmas es que su integración haya sido pactada con la Universidad de La Laguna y no con la Politécnica de Las Palmas. Insistimos en ello por creer que es de suma importancia: no sólo para mejor comprender, e incluso justificar en su caso la decisión política, sino también para el futuro de nuestros estudiantes y su formación.

Además de un acuerdo plenario del Cabildo, existe una declaración institucional de la propia Universidad Politécnica, —de julio de 1982— que manifiesta de manera explícita su apertura a toda clase de enseñanzas. Es de suponer que, si la Corporación Insular y el órgano académico se expresaron en ese sentido, lo hicieran desde el previo conocimiento de su posibilidad y de la inexistencia de trabas jurídicas, legales o funcionales.

Ambos acuerdos, el del Cabildo y el de la Politécnica, siguen vigentes por no haber sido derogados. Pero, yendo más allá de las formalidades, es obvio que, hasta el momento, nadie ha justificado con profundidad y rigor la presunta imposibilidad de integrar el CULP en la Universidad de Las Palmas, lo que ocasiona la inevitable sensación de que ha sido antepuesta una determinada estrategia política a las necesidades específicas de nuestro desarrollo universitario.

Es claro que las garantías verbales de consolidación y desarrollo de los estudios superiores en Las Palmas no pueden contrarrestar el temor al desamparo, la discriminación y el abandono por parte de La Laguna, pues se apoyan no en declaraciones sino en una trayectoria de hechos abrumadoramente elocuentes. Damos por descontado que tras la decisión de la mayoría del Cabildo están las garantías del Gobierno de Canarias, que tendrá muy pronto como competencia privativa la ordenación universitaria de la Comunidad. Respetamos sin reservas la seriedad de ese respaldo, pero no es fácil entender que no fue-

ra el propio Gobierno el directo gestor de la integración, esperando el momento oportuno y procediendo a través de las instancias representativas democráticas.

Imaginar que la prisa en dotar de profesores la sección de Bellas Artes ha podido precipitar el pacto, sería ingenuo y desproporcionado a la magnitud del problema que aparece. Lo cierto es que cuando el Gobierno de Canarias adquiera la potestad de decidir en estas materias, encontrará consumada una situación de hecho que hará enormemente conflictiva cualquier rectificación. De ahí la necesidad, que ayer invocábamos, de reflexionar muy a fondo todas las consecuencias antes de someter el convenio a la aprobación del pleno insular.

Es fácil constatar que nadie reprocha seriamente al Cabildo su liberación de la carga económica del CULP —más de 300 millones anuales en la actualidad— ni se pone en duda la voluntad de acudir a otros frentes de acción, de los que no quedarán excluidos el apoyo constante a la Universidad ni la oferta de cuantas posibilidades estén a su alcance. Pero todo ello pudo lograrse del mismo modo, salvo que con mayores garantías para Las Palmas, integrando el Colegio en nuestra Universidad. No explicar exhaustivamente por qué no se ha hecho así, atribuyéndolo a razones tan insostenibles como la de no sobrecargar la Politécnica, sigue manteniendo en territorios de oscura claudicación lo que tal vez podría brillar a la luz de la verdad.

La dialéctica política ya está en marcha, pero ese no es nuestro tema. Únicamente nos atreveríamos a pedir moderación y rigor, evitando por un lado fáciles retos descalificadores, y por el otro sobradas condenas de la dicotomía chicharrero-canariona que producen la más penosa sensación de frivolidad —o de arrogancia— en quien las invoca. Por favor... El problema ya no va por ahí, al menos en esta vieja y dolorosa cuestión.

L.A PROVINCIA